

Mr. Potter



Jamaica Kincaid

MR. POTTER



EDICIÓN ORIGINAL
Farrar, Straus and Giroux.
New York, 2002.

PRIMERA EDICIÓN DE TXALAPARTA
Enero de 2012

© DE LA EDICIÓN: Txalaparta
© DEL TEXTO: Jamaica Kincaid
© DE LA TRADUCCIÓN: Juan Castilla
Plaza

EDITORIAL TXALAPARTA S.L.L.
San Isidro, 35 1º A
Apartado 78
31300 Tafalla NAFARROA
Tfno. 948 703 934
Fax 948 704 072
txalaparta@txalaparta.com
www.txalaparta.com

DISEÑO DE COLECCIÓN Y CUBIERTA
Esteban Montorio

MAQUETACIÓN
Monti

IMPRESIÓN
GRÁFICAS LIZARRA S.L.
Tafallako bidea, 1 km.
31132 Villatuerta - Nafarroa
Plaza

ISBN
978-84-8136-623-5

DEPÓSITO LEGAL
NA. 198-12

txalaparta 

Para los Nolands,
Kenneth y Paige,
con amor

AQUEL DÍA EL SOL ESTABA EN SU LUGAR HABITUAL, justo encima y en medio del cielo, brillando tan intensamente como habitualmente, haciendo que las sombras palidieceran, haciendo que incluso las sombras buscasen cobijo; aquel día el sol estaba en su lugar habitual, justo encima y en medio del cielo, pero Mr. Potter no se dio cuenta de ello, de lo acostumbrado que estaba a verlo allí, el sol en su lugar habitual, justo encima y en medio del cielo; si el sol no hubiese estado en su lugar habitual, habría supuesto un gran cambio en la vida de Mr. Potter, habría significado lluvia, por muy breve que esta hubiese caído, pero habría supuesto un gran cambio en la vida de Mr. Potter, de lo acostumbrado que estaba a ese sol en su lugar de costumbre, justo encima y en medio del cielo. Mr. Potter respiraba como normalmente lo hacía, su corazón latía como normalmente lo hacía, arriba y abajo debajo de su capa de piel negra, arriba y abajo debajo de su chaleco blanco bordado de algodón pegado a esa misma piel negra, arriba y abajo debajo de la camisa blanca y lisa de algodón que llevaba encima de aquel chaleco bordado de algodón pegado a su piel; por eso, su corazón respiraba como normalmente lo hacía. Se puso los pantalones, y metió un pañuelo blanco en el bolsillo de sus pantalones; y todo eso

era tan normal como el latido de su corazón; todo, su forma de vestirse de esa manera, era tan normal como el latido de su corazón, el corazón latiendo normalmente y las prendas sosegando a Mr. Potter y a aquellas cosas más allá de Mr. Potter, esas que ni tan siquiera sabían que necesitaban de tal sosiego.

Mientras se dirigía al garaje del señor Shoul para empezar su jornada sentado en el coche del señor Shoul llevando pasajeros de un lado para otro, de un lado para otro (era chofer y no le importaba ser un chofer), Mr. Potter se refugió del sol caminando entre calles estrechas y callejones. Vio una perra, con las ubres distendidas e inflamadas, con el estómago distendido e inflamado, tendida en la sombra de un árbol nativo traído de las vastas planicies de África, pero no pensó que aquella perra, preñada y cansada de llevar sus cachorros, buscando refugio del sol, fuese un reflejo de ninguna parte suya, ni tan siquiera en lo más remoto; y Mr. Potter vio a un hombre sentado en la entrada de su casa, un hombre ciego, pero cuyo oído era sumamente sensible al sonido de los pasos que se acercaban o que se alejaban, y cuando oía los pasos acercarse se disponía para pedir limosna al dueño de aquellos pasos; ese hombre conocía el sonido de los pasos de Mr. Potter, pero jamás le había pedido al dueño de esos pasos nada en absoluto. Al ver al hombre ciego sentado en la entrada con su platillo para las limosnas, al ver al hombre ciego escupir en el suelo un gargajo de la espesa y pegajosa flema que había acumulado en la garganta, Mr. Potter no pensó que ninguna parte de él fuese un reflejo de lo que veía. Mientras se dirigía al garaje del señor Shoul, Mr. Potter vio un muchacho camino de la escuela, vio muchas prendas de una familia colgando de un alambre, secándose de esa forma. Vio a una mujer fumando un cigarrillo, olió el hedor que procedía de un líquido grisáceo estancado en la alcantarilla, vio algunos pájaros posados en una valla, pero nada de eso le recordó a sí mismo y era porque todo lo que veía estaba estrechamente vinculado a él; se dio cuenta de que entre él y todo aquello no había distancia alguna. Por eso Mr. Potter se

adentró en Corn Alley, bajó por la calle y luego salió, y Mr. Potter giró en Nevis Street para llegar al garaje del señor Shoul. El señor Shoul no estaba allí, ni necesitaba estarlo. El día que Mr. Potter conoció al doctor Weizenger el sol estaba en su lugar habitual, justo encima y en medio del cielo, brillando como habitualmente lo hacía, intensamente, haciendo palidecer las sombras y haciendo que las mismas sombras buscasen cobijo, haciendo que Mr. Potter se dirigiera al garaje del señor Shoul a través de un pasaje de estrechos callejones y sombreadas callejas; en un día como ese, Mr. Potter conoció al doctor Weizenger.

En el garaje del señor Shoul había tres coches y esos tres coches pertenecían al señor Shoul, pero el señor Shoul no estaba en el garaje con sus coches. El señor Shoul estaba en la planta de arriba, en la casa que tenía encima del garaje donde estaban los tres coches, y el señor Shoul para entonces, es decir, para cuando Mr. Potter llegó al garaje donde estaban los tres coches, se había tomado huevos, copos de avena, pan untado con mantequilla y queso, y había tomado tazas de té Lyons, y había pronunciado cosas desagradables de forma desagradable a una mujer que lavaba la ropa de la familia, y luego había dicho cosas desagradables de forma desagradable a la mujer que acababa de prepararle el desayuno. Esas dos mujeres no estaban emparentadas con él, no las conocía en absoluto; ellas, al igual que Mr. Potter, formaban parte de esas personas con las que había vivido desde que dejó aquel lugar tan lejano, Líbano o Siria, aquel viejo y estéril lugar. Y en Líbano o Siria, en aquel viejo y estéril lugar, el desayuno del señor Shoul no se habría parecido a ese, sino que habría sido abundante y fresco (los huevos los habrían puesto el día anterior y el desayuno habría estado caliente y bien cocinado), pero el señor Shoul se adaptaba a cualquier cosa y asumía las cosas tal como venían, pero muchas cosas venían bien y otras mal, y cuando venían bien se quedaba, pero cuando venían mal no tardaba en marcharse. Ahora, sin embargo, las cosas iban bien y el señor Shoul permaneció sentado delante del desayuno, ya que Mr. Potter estaba en el

garaje, limpiando los coches, empezando por el que él, Mr. Potter, conduciría ese día, el mismo que conducía todos los días, y luego pasando el trapo al coche que su amigo el señor Martin conduciría, y después al coche que el señor Joseph conduciría. El señor Joseph no era amigo de Mr. Potter, el señor Joseph era tan solo un conocido.

Aquel día Mr. Potter condujo el coche del señor Shoul hasta el embarcadero para esperar un gran barco de vapor que venía de algún lugar desconocido del mundo, algún lugar remoto donde había habido revueltas políticas, evacuaciones, asesinatos y horror. A Mr. Potter no le resultaban desconocidas las revueltas políticas, ni las evacuaciones, ni los asesinatos ni el terror; su misma existencia en el mundo en que vivía se debía a esas cosas, pero no pensaba mucho en ellas, no más de lo que pensaba en respirar. Fue entonces cuando Mr. Potter conoció al doctor Weizenger.

Pero, ¿quién era el doctor Weizenger? ¿Y quién podía responder a esa pregunta de forma rigurosa?, o ¿quién podía responder a esa pregunta en su totalidad? En realidad nadie, no al menos la misma persona que podía dar una descripción rigurosa de cualquier otro ser humano en la Tierra. Ni tan siquiera el doctor Weizenger podía dar una descripción rigurosa de sí mismo, pues una descripción rigurosa de sí mismo le habría abrumado. Pero el hombre llamado doctor Weizenger conoció a Mr. Potter aquel día, un día como la mayoría de los días de Mr. Potter: el sol estaba en medio del cielo mucho antes del mediodía, y también mucho después del mediodía, tanto tiempo, como si pudiera medirlo el doctor Weizenger y darse a conocer al señor Weizenger, tenía un significado diferente para Mr. Potter; ese no fue su primer malentendido, sino uno de muchos. El doctor Weizenger estaba en un lugar nuevo, pero desde hacía muchos años siempre estaba en un lugar nuevo. Durante trescientos años, él y todos los que eran como él, vivieron en un lugar llamado Checoslovaquia, él y todos los que eran como él, vivieron en sus pueblos, en sus ciudades, en su

capital, en sus provincias; pero luego, sin darse cuenta, él y todos los que eran como él, ya no podían vivir nunca más en Checoslovaquia y sus alrededores. Por eso el doctor Weizenger había ido de aquí para allá, a todos lados, y ahora estaba delante de Mr. Potter, y ese sería su destino final, su lugar de descanso, lo cual podría haber descrito su odio y falta de simpatía por Mr. Potter (y por todos los que tenían el mismo aspecto que Mr. Potter).

Esta frase debería empezar con el doctor Weizenger apareciendo, bajando de la lancha que lo trajo desde el barco que estaba anclado en la parte profunda del puerto, pero esto es la vida de Mr. Potter y, por eso, el doctor Weizenger jamás debe empezar una frase; no estoy tomando una decisión arbitraria, ni tampoco una decisión narrativa, lo digo solo porque esa es la verdad; la vida de Mr. Potter es suya y nadie debe precederle. Por eso, esta frase, este párrafo, comenzará de esta manera:

Cuando vio al doctor Weizenger por primera vez, Mr. Potter estaba pensando en una mujer llamada Yvette, que acababa de morir al dar a luz a la primera hija de Mr. Potter, una niña llamada Marigold. El nombre de Marigold se lo habían puesto a la niña los parientes de Yvette, pero no tenía ningún significado para ellos, ni tampoco tenía nada que ver con Mr. Potter, de hecho él tenía poco que ver con Ivette. Cuando Mr. Potter pensó en esa mujer, Yvette, que acababa de dar a luz a su primera hija de nombre Marigold, no pensaba que el mundo estuviese repleto de felicidad, no pensaba en el resplandor brillante que transformó el mundo cuando nació por primera vez, su nueva luz cubierta de transparencia, sus maravillas, su misterio, su nunca lo sabrás, sus frustraciones que podían llevar a la rabia, y cómo esa rabia podía llevar al desconcierto, y cómo era posible que en ese desconcierto él, Mr. Potter, existiese. Cuando Mr. Potter vio por primera vez al doctor Weizenger, las primeras palabras que salieron de su boca fueron: «El señor Shoul me ha enviado» o «Vengo de parte de Shoul». Y Mr. Potter miró al doctor Weizenger, y el doctor Weizenger miró a Mr. Potter.

Y el doctor Weizenger no estaba pensando en todo lo que había dejado atrás, ni en los miles de años, ni en los cientos de años, ni tan siquiera en los últimos momentos a los que ahora llamaban historia, no estaba pensando en nada, ni tan siquiera en su actual desdicha, ni tan siquiera en la úlcera de estómago que le habían causado las agitaciones políticas del mundo que aniquilaban la suavidad que había bajo la piel que cubría su barriga, haciendo que su mente se pusiese en blanco en un momento y al siguiente estuviese repleta de imágenes de una infancia tan confortable, y aquel confort era irritante. «El doctor Weizenger», dijo el doctor Weizenger, pronunciando su nombre en el tibio aire. Potter, dijo Mr. Potter, sin dirigirse a nadie salvo a sí mismo. Qué hombre más muerto, pensó para sus adentros cuando vio al doctor Weizenger (muerto, muerto). Cuánta estupidez, pensó para sus adentros el doctor Weizenger cuando conoció a Mr. Potter, cuánta ignorancia. Mr. Potter ignoraba la lengua del doctor Weizenger porque Mr. Potter no sabía leer, por eso, cuando el doctor Weizenger le pidió que cogiera sus bolsas de entre todas las demás bolsas que habían sacado del gran barco y habían colocado en la lancha y que ahora estaban tiradas en el suelo del embarcadero, Mr. Potter se quedó quieto. ¿Qué hago?, dijo Mr. Potter, pero sólo para sus adentros, y sonrió al doctor Weizenger. El mar, el mar, el mar que era tan inmenso, tan inmenso, y otra vez inmenso, yacía enfrente de ambos, Mr. Potter y el doctor Weizenger, y para ambos guardaba recuerdos oscuros y peligrosos. En las maletas del doctor Weizenger estaban escritas las palabras «Singapur», «Shangai» y «Sidney», pero Mr. Potter no sabía leer y, por tanto, no sabía qué significaban. Y en el rostro de Mr. Potter estaban escritas las palabras «África» y «Europa», pero el doctor Weizenger jamás había tenido ni jamás sería capaz (como resultó ser) de leer la lengua en la cual estaban escritas esas palabras. Por eso, mientras estaba de pie en el embarcadero y asombrado, no por el hecho de que estuviese vivo, sino porque algo tan incomprensible como Mr. Potter estuviera de pie delante

suya, y aquel extraño sol que brillaba sin piedad, y aquel mar, que tenía el mismo nombre, que le había seguido después de llevarle desde la costa de Grecia, Singapur, Shangai y Sidney (aquellos eran los únicos puertos que le habían acogido). El doctor Weizenger casi se muere en aquel momento, casi se desmorona como un mueble mal hecho al que no le hubieran aplicado la cola debidamente, pero su esposa May (así se llamaba, May) se acercó y dijo: «¡Vamos!», y ella era de Inglaterra, o mejor aún, de un sitio llamado el Imperio Británico, y Mr. Potter comprendió su inglés, además del tono de voz que empleaba al hablar.

Allí estaba el mar que el doctor Weizenger acababa de dejar atrás, le daba la espalda, y allí estaba el mar que Mr. Potter había dejado atrás hace mucho tiempo, pero que sin embargo definía su vida una y otra vez. El padre de Mr. Potter había sido pescador y había muerto después de maldecir al mar por haberle decepcionado, y ninguno de los hermanos de Mr. Potter, que eran diez, había sido pescador. Mr. Potter tenía miedo del mar y, por eso, lo odiaba, demasiada agua, demasiada nada, y esa nada era solamente agua. Mr. Potter deseaba con todas sus fuerzas sentirse superior al mar, deseaba sentirse superior a eso que ejercía semejante poder sobre él. Su madre entonces había fallecido. Después de haber vivido en el centro de Europa durante muchos años (como todos los que venían de ese mismo sitio), al doctor Weizenger le pareció el mar misterioso, demasiada agua, tan incontenible, nada parecido a un río, nada que ver con un lago; y con qué crueldad ese mar lo había llevado hacia la evacuación y a carecer de hogar, por eso, delante de Mr. Potter, y delante del mar (el mar estaba a su izquierda y el mar estaba a su derecha y el mar estaba a sus espaldas cuando miraba de frente a Mr. Potter), el doctor Weizenger se sintió confundido, luego enfadado y luego en silencio. Y May dijo: «¡Vamos!». Y el silencio del mar (pues el mar está callado, solo sus actos emiten sonidos: llantos, gritos, lamentos; luego pena, remordimiento y desesperación) y su decir «¡Vamos!»

y Mr. Potter diciendo «Eh, eh», a nada en particular, retuvo todo lo que habían vivido en un puño. Y ese momento retenido en el puño fue especial y corriente: pues todos los momentos son especiales y todos los momentos son corrientes y, ¿quién los hace así?

El doctor Weizenger miró hacia arriba y vio el sol: el sol en su lugar habitual, justo encima y en medio del cielo, brillando como habitualmente, tan brillante e intensamente, y el doctor Weizenger apenas pudo ver su sombra de lo mucho que se había reducido, como si su sombra se hubiese cobijado del ardiente sol, como si su sombra la hubiese borrado el sol, y se sintió solo al ver que no contaba ni con su propio reflejo para reconfortarle, y el doctor Weizenger levantó la mirada de nuevo y se preguntó si el sol estaría siempre así, y esperó que no fuese así, el día tan luminoso, el sol tan persistente, tan quieto, la intensidad de la luz del sol sin verse impedida por las nubes ni por ninguna otra interferencia, natural o antinatural; esperaba que hubiese otros días, días que compaginasen con su sentir, días oscuros y tristes, días de espesa niebla, días en los que el sol entrase y saliese de los enormes nubarrones; días que compaginasen con el paisaje interno, esos que compaginaban con su forma de sentir para el resto de su vida. Pues el doctor Weizenger había visto días en que el sol no brillaba nada, no estaba en su lugar de costumbre, no estaba justo encima y en medio del cielo, días en que no aparecía por encima del paisaje matinal, ni desaparecía en el horizonte al caer la tarde; había visto días que parecían como si se hubiese utilizado un fino hilo de leche para dibujar el paisaje a trazos, como si la persona que hizo el esbozo del paisaje estuviera en un estado de desesperación y la lactosidad que envolvía el ambiente no fuese accidental ni deliberada, solo eso, solo eso, había pensado el doctor Weizenger en ese momento. Shangai, Singapur y Sidney, todos esos sitios de los que había venido el doctor Weizenger, o por los que había pasado, con su bruma y su niebla, su aire cargado de humedad y el sol sin brillar sin

ninguna fuerza día tras día, hicieron que desconfiase del día que estaba viviendo en aquel momento, del día que estaba experimentando, del día en que conoció a Mr. Potter. El doctor Weizenger había venido de un lugar llamado Praga, pero Mr. Potter jamás había oído hablar de ese sitio porque no sabía leer y, por eso, no podía encontrarlo en el mapa; Mr. Potter podía encontrar con facilidad un mapa porque el Imperio Británico no sentía el más mínimo pudor por publicarlos, pero Mr. Potter no sabía leer, ni un mapa, ni ninguna otra cosa.

Todas las curvas de la carretera del puerto conducen a la muerte, pensó el doctor Weizenger; cualquier curva en la carretera podía conducir a la muerte, pensó el doctor Weizenger; pero las carreteras de la muerte habían estado hasta entonces cubiertas de niebla. «Radiante» y luego «radiación», pensó para sus adentros el señor Weizenger, y lo pensó tan profundamente que no se dio cuenta de que las palabras le habían pasado por la mente. Sin embargo, estaba de pie en medio de aquella luz que procedía de aquel sol que brillaba en medio de aquel cielo, tan intensamente, en mitad de aquel día. «Radiación» y luego «radiante», pensó el doctor Weizenger, y dijo esas dos simples palabras en otra lengua, no en el inglés que Mr. Potter podía comprender aunque no leer; dijo esas palabras en una lengua que Mr. Potter jamás había oído y, cuando Mr. Potter oyó hablar al señor Weizenger, pensó para sus adentros que era como si el señor Weizenger procediese de otra clase de humanidad, gente que –como el doctor Weizenger– no sabe hablar debidamente, eso se dijo Mr. Potter para sus adentros. Y una vez más el doctor Weizenger pensó en «radiante» y «radiación», pues las dos palabras le daban vueltas por la cabeza; estaba pensando en lo hermosa que era la luz de cualquier clase, que la luz era mejor que la oscuridad, en cómo la luz era la cura de la oscuridad, todo lo que había visto y conocido le había demostrado que así era, todas las cosas que había abandonado le habían dicho que la luz es la enemiga de la oscuridad, y todas las cosas que había abrazado habían insistido en

que la luz era un remedio contra la oscuridad. «Radiante, tan radiante», dijo en voz alta el doctor Weizenger, aunque solo él pudo oírlo; «y toda la bondad del mundo, toda la bondad es poca, y toda la maldad del mundo, toda es mucha, se transforma por la radiación y entonces el mundo se convierte, finalmente, no en un lugar indiferente a la bondad y la maldad, porque una es acogida mientras la otra es rechazada, de lo enorme que es el poder de esa luz radiante». Y el doctor Weizenger se dijo todo eso en voz alta, muy alta, pero solo él podía oírse decir. Y el doctor Weizenger miró a Mr. Potter, y Mr. Potter pensó para sus adentros, ahora este hombre que no sabe hablar debidamente está enfadado conmigo, ahora está satisfecho conmigo, ahora ambas cosas a la vez.

El doctor Weizenger miró a Mr. Potter, de pie bajo la luz del sol, de ese sol eternamente brillante, ese sol que era la pura definición de la luz, de esa luz a la que todas las luces reverenciaban, esa luz que era luz pura y también una metáfora para todas las formas de brillantez. Pero la luz bajo la cual estaba Mr. Potter no era radiante, era tan solo el sol brillando como de costumbre, algo tan familiar para Mr. Potter y, sin embargo, tan desconocido y también decepcionante para el doctor Weizenger. Y May dijo: «¡Bien!», queriendo decir con eso que todo estaba en su lugar y, por tanto, debían seguir adelante, proceder, pues no había impedimentos que su autoridad no pudiera doblegar, y dijo: «¡Bien!» y otra vez «¡Bien!». Y el doctor Weizenger pensaba en lo hermosa que era la luz de cualquier clase, la luz que no procedía de una chimenea, una verdadera chimenea alimentada con carbón o con cuerpos humanos; luz, verdadera luz, justo lo contrario que oscuridad, que la verdadera oscuridad, no la metáfora de la oscuridad de la cual procedía Mr. Potter y sus antepasados.

La intensa luz, pensó Mr. Potter, era demasiado, demasiado (pero los pensamientos de Mr. Potter en ese momento no estaban separados de él, los pensamientos de Mr. Potter y él eran la misma cosa), y echó de menos algo de protección para

sus ojos, echó de menos algo de protección para todo su ser, pero no encontraba ninguna. Mr. Potter apretó sus prominentes pómulos, frunció el entrecejo hasta quedarse bizco y pensó que su forma de bizquear era única; no sabía que había otras personas que pudieran responder de esa forma a la intensa luz emitida por el sol; y todas las personas podían responder así, de esa forma, a un destello de intensa luz: un estrabismo puede ser un acuerdo universal de características humanas en respuesta a cierto tipo de ataque. Qué repulsivo es este hombre, pensó el doctor Weizenger; qué rostro tan feo, pensó su esposa May. «Puede que llueva», dijo el doctor Weizenger; «lloverá con seguridad», dijo la señora May Weizenger. No lloverá (ni una gota), pensó Mr. Potter para sus adentros, pero no pronunció sus pensamientos en voz alta porque sus pensamientos no estaban separados de él, sus pensamientos y él eran la misma cosa.

Mientras el doctor Weizenger permanecía de pie en el umbral de la casa, su casa, en la isla de Antigua, el sol brillaba y su esposa, cuyo nombre era May Weizenger (ahora era Weizenger, pero antes bien podría haber sido Smith o Locke o algo parecido), estaba de pie, a su lado, y él quiso cruzar la puerta, y eso hizo, cruzó el umbral y se quedó tal como estaba, el mismo hombre que había venido de Praga y todas las cosas vinculadas a eso, su huida de la muerte, la expulsión de su paraíso, sus viajes a esos lugares con nombres tan horribles y que él sólo había visto en el mapa, y ahora Mr. Potter y ese lugar que había convertido a Mr. Potter en lo que era y en lo que sería, y todo ello sin importancia, el doctor Weizenger jamás lo había visto en el mapa, pues ningún cartógrafo había visto jamás a Mr. Potter, ni de dónde procedía, ni qué le había hecho así. Mr. Potter también entró en la casa del doctor Weizenger, abrió todas las ventanas y le mostró al doctor Weizenger y a su esposa May cómo se podían abrir y cerrar las ventanas, poniendo la tranca de esa forma y luego así, y el señor Weizenger se quedó perplejo por la escrupulosa simplicidad con la que funcionaban las venta-

nas, pero inmediatamente después desechó que tal belleza, ese claro y limpio movimiento de las ventanas al abrirse y cerrarse, tuviera nada que ver con Mr. Potter, y deseó que Mr. Potter se marchase, pero Mr. Potter conocía muy bien a la persona que había hecho las ventanas, pues de alguna manera estaban emparentados; el doctor Weizenger no podía haber sabido eso y en aquel momento el doctor Weizenger no quiso saberlo y además, ¿por qué tenía que saberlo?

¿Pero por qué ese abrir todas las ventanas por parte de Mr. Potter? Mr. Potter había entrado en la casa y se movía de un lado para otro recorriendo habitación tras habitación, y abrió todas las ventanas; había veinte ventanas en total, pero la cantidad no era algo que interesase a Mr. Potter, y el señor Weizenger estaba tan ofuscado que el número de ventanas no tuvo ningún significado para él en ese momento (pero solo en ese momento, puede que no fuese así en otro, pero quién sabe, puede que haya otro momento, puede que no). Mr. Potter abrió las habitaciones como si tuviera autoridad, no sobre las habitaciones o las ventanas, sino como si tuviese autoridad sobre el espacio fuera de las habitaciones y sobre el espacio más allá de las ventanas. El espacio más allá de las ventanas era el mismo aire, vacío de esas cosas fabricadas por los humanos, pero no vacío de las cosas que eran producto de la mente humana: había árboles, arbustos, hierbas y otros caprichos del reino vegetal; había animales, pájaros y otros caprichos del reino animal; había un vacío para ser rellenado ¿con qué?, ¿con qué?, y una vez más ¿con qué? Pero Mr. Potter, o mejor dicho, la entidad que constituía Mr. Potter, era nada en sí misma, nada en el sentido de algo sin valor, tan nada como una cerilla encendida cuando no se necesita, eso pensó el doctor Weizenger, y así pensaba también el resto del mundo que podía tener una idea sobre cualquier cosa y luego lanzaba esa idea al ámbito de la cotidianidad.

Pero aquel abrir todas las ventanas por parte de Mr. Potter hizo que Mr. Potter mirase toda la luz de fuera, cómo le emo-

cionaba (sí, me hacía temblar por dentro, sí, me hacía sentir extraño), pues era la luz que siempre había conocido, tan intensa que todo lo que entraba en contacto con ella se hacía transparente y luego traslúcido, la luz desparramada delante de Mr. Potter como si fuese un mar de agua, pues lo cubría todo y, al mismo tiempo, mostraba todo lo que abarcaba; la luz era sustancia en sí misma, la luz daba sustancia a todo lo demás: los árboles eran árboles, pero solo por eso, y la tierra en la que arraigaban continuaba siendo tierra, pero solo por eso, y el cielo cada vez enseñaba más del cielo para adentrarse en los cielos, en la eternidad, y luego regresar a la tierra; y Mr. Potter pensó, pues se había dejado arrastrar por la luz de fuera de la ventana (¿pero de qué ventana? Podía haber sido cualquiera de las veinte ventanas), pensó, pero sus pensamientos estaban perdidos en ese momento, la mente se le quedó en blanco y existió, no como hombre que podía causar sufrimiento y causaba sufrimiento, y no solo como una víctima del dolor y la injusticia. Y vio la luz de fuera convertir todo en algo tan transparente, tan traslúcido, que Mr. Potter se sintió feliz, henchido de eso, felicidad, pero yo aún no había nacido, ni aún él había abandonado a mi madre cuando cumplí los siete meses en su vientre, mi madre aún no le había quitado todos sus ahorros, el dinero que guardaba en el colchón de la cama que compartían, para huir lejos de él; no sabía leer ni escribir, no podía ir al banco, y mi madre le había quitado todos los ahorros que guardaba para algún día comprarse su propio coche y llevar a sus propios pasajeros, y cuando ella abandonó a Mr. Potter y le quitó todos los ahorros, yo llevaba siete meses en su vientre. Mi madre se llamaba Annie. Y puesto que Mr. Potter no sabía leer ni escribir, no podía conocerse a sí mismo, ni tampoco darse a conocer a los otros, no se conocía a sí mismo, ni eso le hubiese proporcionado la más mínima felicidad. Y puesto que Mr. Potter no sabía ni leer ni escribir, hizo que alguien lo hiciera, que incluso le encantase hacerlo, leer y escribir. Y mientras Mr. Potter permanecía de pie delante de la ventana, mirando el mundo (pues era el mun-

do lo que estaba mirando) bajo esa luz especial, de esa forma tan especial, no pensó para sí mismo, esto es la Felicidad, esto es lo más feliz que puedo ser, tan feliz como cualquier otro, como cualquier otro ser humano; no pensó en nada de eso, pues en aquel momento no estaba separado de él, él, aquel sentimiento tan particular y aquel momento en particular, eran la misma cosa: era feliz bajo esa luz y toda la gloria del mundo no podía existir sin él.

Mr. Potter permaneció de pie delante de la ventana (podía haber sido cualquier ventana), se detuvo por un momento, y en ese momento todo lo que pertenecía al mundo se le reveló, pudo verlo con claridad, el mundo, es decir, el mundo y todo lo que había en él y todo lo que habría, pero no encontró palabras, pues no sabía leer ni escribir, y luego se dio la vuelta para mirar al doctor Weizenger y a su esposa, e hizo un gesto, separó los brazos lejos del cuerpo, abrió los brazos de par en par y sin prisa, como si dijera, ¡aquí estoy! Todo lo que hay delante es mío y quiero compartirlo contigo, vivamos juntos, pero Mr. Potter no sabía leer ni escribir, y en cualquier caso el doctor Weizenger no deseaba compartir nada con él; el doctor Weizenger, quien hasta hace poco estuvo a punto de la extinción, no quería compartir nada con Mr. Potter, un hombre que llevaba tanto tiempo viviendo en un caldero de terror. «¿Cómo te llamas?», preguntó el doctor Weizenger, «¿Cómo te llaman?», preguntó el doctor Weizenger, pero justo en ese momento, la señora Weizenger, la esposa del doctor Weizenger y también su enfermera, dijo: «Zoltan», pronunciando el nombre de su marido, «Zoltan», dijo, el doctor Weizenger se alejó de Mr. Potter y miró a su esposa, y Mr. Potter supuso que la veía, que la estaba mirando, pues estaba mirando en la misma dirección donde estaba, y cómo se llamaba, pensó Mr. Potter de repente, como si eso importase, como si saber su nombre, no el de señora Weizenger, le importase. Y cuando el doctor Weizenger miró a su esposa (se llamaba May, ese era el nombre que andaba buscando Mr. Potter), algo pasó entre ellos, palabras quizá, un silencio

significativo quizá; fueron palabras, pero hablaron en una lengua que Mr. Potter no comprendía, era inglés, pero un inglés que Mr. Potter no comprendía, y ese intercambio entre el doctor Weizenger y su esposa terminó, y él, el doctor Weizenger, se volvió de nuevo para mirar a Mr. Potter y continuó su interrogatorio, pero en silencio, continuó donde lo había dejado, como si nada les hubiese interrumpido, ni el silencio, ni lo contrario, y Mr. Potter dijo: «Me llamo Potter, Potter es mi nombre». Y el sonido de la voz de Mr. Potter, tan llena de todas las injusticias cometidas durante casi quinientos años y que podían romperle el corazón a una piedra, no significaban nada para el doctor Weizenger, pues él solo llevaba un tiempo viviendo en el mundo compuesto solo de extinción, como si estuviese dedicado exclusivamente a su propia extinción. Y el doctor Weizenger pertenecía a los mamíferos, no a los reptiles, ni a los anfibios, ni a los insectos, ni a las aves, sino a los mamíferos, por eso estaba tan hecho a observar y no ser observado, tan hecho a representar y no ser representado. Y su propia extinción casi había estado a punto de ocurrir y qué sorprendido estaba por eso, qué sorprendido estaría el resto de su vida, como si eso jamás hubiese sucedido con anterioridad, como si ningún grupo, ninguno de esos que en su momento fueron invencibles y que construyeron una civilización, dominando la tierra y el cielo, jamás hubiese desaparecido de la faz de la tierra para no ser recordado por el resto de la humanidad ni tan siquiera en las oraciones o en un chiste; como si ningún grupo jamás hubiese sido extinguido de los inicios de la vida y del recuerdo humano. Y el sonido de la voz de Mr. Potter cuando pronunció su nombre, pronunciándolo como si fuese una caricia (o al menos eso pensó el doctor Weizenger), hizo que el señor Weizenger se sintiese furioso, enfadado, con un profundo odio por Mr. Potter, ese Mr. Potter cuya historia había quedado en nada, algo sin valor espiritual, nada que mereciese tanto amor propio, y el doctor Weizenger pudo oír su voz decir: «Me llamo Potter, Potter es mi nombre». Esas fueron las palabras

que se pronunciaron, pero el sonido de la voz de Mr. Potter, tan llena de amor por sí misma, tan segura de que su nombre y él eran lo mismo, hizo que el doctor Weizenger quisiera poner fin a la capacidad de Mr. Potter para ingerir oxígeno, deseó acallar a Mr. Potter para siempre, o al menos en ese momento, pero su rabia asesina se quedó en meras órdenes: dónde poner las maletas, cuándo venir a por ellos para llevarlos a un sitio o a otro en el coche del señor Shoul. Mr. Potter y el doctor Weizenger estaban de pie, frente a frente, y el doctor Weizenger y Mr. Potter estaban de pie, uno delante del otro, y la memoria, o lo que es lo mismo, la historia, esa frágil recopilación, esa recopilación poco fiable de todo lo que ha sucedido, no les abandonó: Mr. Potter se quitó el sombrero (una gorra tejida por niños, escolares, de Inglaterra) y lo sostuvo en la mano, con la cabeza inclinada, como si descansase sobre el pecho, y miró al suelo que tenía delante, a sus pies, el piso, hecho de pino de tea, pero no se preguntó quién hacía la tea, y Mr. Potter no se preguntó a quién se le había ocurrido esa idea de convertir la tea en piso para las casas, mesas y sillas, ni quién le daba valor a las cosas. Mr. Potter no pensó en nada de eso, tenía la mirada fija en el piso (hecho de tea), y el piso se convirtió en un alivio, pues el piso no era nada, solo eso, un piso, una barrera fabricada por el hombre contra el cambiante desorden de la Tierra; cuánto amó Mr. Potter ese piso en aquel momento, justo en aquel instante en que estaba de pie delante del doctor Weizenger, y la vista y la luz que entraba de fuera de la ventana (o de las ventanas) estaban a sus espaldas. Cuando Mr. Potter le dijo su nombre al doctor Weizenger no anheló conocer a todos los Potters que habían sido sus antepasados, ni quiso saber cómo llegó a formar parte de ellos, en ningún momento quiso interrogar el pasado para darle sentido al presente o al futuro, tan solo dijo su nombre como si le hubiesen pedido que corroborase la forma de la Tierra o el color del cielo, pronunció su nombre con la natural certidumbre de las cosas verdaderas. Cuando Mr. Potter se quedó de pie, frente a frente con el doctor

Weizenger, y cuando Mr. Potter permaneció delante del doctor Weizenger y oyó todas las órdenes del doctor Weizenger referentes a eso (las maletas) y aquello (llevar al doctor y la señora Weizenger allí y allá), su mente, su pensamiento consciente, surgió de la satisfacción de oír la música de su propia voz diciendo su nombre, y entonces, repentinamente, sintió un tremendo aborrecimiento por la forma que tenía el doctor Weizenger de hablar inglés, ya que el inglés que hablaba no brotaba como si le alegrase hacerlo, no bailaba sosegadamente al salir de su boca, segura de sí misma; el doctor Weizenger no hablaba la lengua inglesa como si él, el doctor Weizenger y la lengua inglesa fuesen una unidad inviolable e inmaculada: «Papá tendrá que enseñarle quiénes somos», es lo que pensó Mr. Potter cuando oyó hablar al doctor Weizenger entonces, en ese momento en que el doctor Weizenger acababa de llegar, tan nuevo en aquel nuevo lugar que era muy viejo para Mr. Potter, tan nuevo en aquel lugar que Mr. Potter conocía tan bien, por dentro y por fuera, por dentro y por fuera.

Mr. Potter dejó a los Weizengers, es decir, al doctor Weizenger y a su esposa May (ese era su nombre, May); dejó su presencia, salió de la casa y se dirigió hasta el coche, el coche del señor Shoul, ya que Mr. Potter aún no conducía su propio coche, y abrió la puerta, y se sentó en el asiento del conductor, y giró la llave para que el motor arrancase y pudiese andar, pero entonces miró por encima del hombro, aunque solo de forma figurativa, pues en realidad no tenía el más mínimo deseo de mirar atrás, y para sus adentros se preguntó sobre las personas que acababa de dejar, el doctor Weizenger y su esposa, que era también su enfermera, cuyo nombre era May, y siempre que se preguntaba por ellos, en ese o en cualquier momento, las palabras que salían de su boca eran: «¡Eh, eh!» y después «¡Eh, eh!», series continuas de esas palabras, esos sonidos: «¡Eh, eh!». Y cuando entró en el coche, puso el pie derecho en esa cosa llamada acelerador (el coche que conducía estaba fabricado en los Estados Unidos de América) y se dirigió hacia esa pequeña parte del

mundo que era la isla de Antigua, pasó por el cementerio y pasó por muchas iglesias por las cuales todos los muertos pasaban de camino al cementerio, y mientras conducía veía el gran mar del Caribe a un lado de la carretera, y el gran Océano Atlántico al otro, y ni los grandes ni los pequeños acontecimientos entraban en su mente, nada entraba en ella porque ya la tenía repleta con Mr. Potter.

MR. POTTER SE DIO LA VUELTA y salió de la habitación en la que había estado con el doctor Weizenger, cuyo nombre era Zoltan y el nombre de su esposa era May, y Zoltan y May, es decir, el doctor Weizenger y su enfermera, se quedaron a solas, y cuando se quedaron a solas eran Zoltan y May, pero cuando no estaban solos eran el doctor Weizenger y su enfermera, la señora Weizenger. Y May sonrió, pero no sonrió a nadie, ni a ella misma, tan solo sonrió, una costumbre que había adquirido desde niña, ya que cuando era una niña su mundo había sido sombrío, pues a veces decía que sus padres habían muerto, otras la habían abandonado, así que, de una forma o de otra, no había tenido padres, pero solo lamentó la pérdida de semejante cosa, eso que se llama una madre y un padre, al principio de verse sola en una nueva situación, y su marido que estaba con ella en aquel momento, justo después de que Mr. Potter saliese de la habitación, no le supuso ninguna diferencia: la enfermera May, la señora Weizenger, estaba sola. Y dijo: «¿Zoltan?», pero el doctor Weizenger no respondió, ni ella quiso que hiciese tal cosa. Y May miró sus pies, llevaba zapatos que habían sido fabricados con una piel de vaca de muy buena calidad, de una vaca que había nacido, se había criado y luego sacri-

ficado con cuidado en los campos de Inglaterra, y qué buen aspecto tenía la piel de vaca después de haberse transformado en algo bonito y agradable (un par de zapatos), en algo que ofrecía protección (un par de zapatos), en algo que suscitaba envidia (un par de zapatos); un par de zapatos no era algo fácil de tener para Mr. Potter. Y miró sus pies, su mirada recorrió el suelo y luego subió por la pared, por esa pared que se detenía a cierta distancia del techo, y May se preguntó qué sentido tenía aquello, pero había una buena razón, pues todo en el mundo tenía una buena razón para retroceder, y la habitación dio vueltas y todo lo que había en su interior empezó a dar vueltas, arrastrada por la violencia de un giro repentino de los acontecimientos del mundo, y en su interior estaba May y toda su vida hasta el momento en que conoció a Zoltan, y toda su vida incluso después de convertirse en la señora Weizenger.

El doctor Weizenger oyó su nombre, «Zoltan», que era como su esposa lo llamaba, solo que pensó que había dicho «Samuel», que era como le llamaban cuando era un muchacho en Praga, Checoslovaquia, y recordó la paz que sentía al ser él mismo, la paz que le proporcionaba ser un hombre normal, con derecho a existir o derecho a hacer desaparecer (sería un insecto, pues los niños siempre gozan del poder sobre ese tipo de cosas), con derecho a juzgar la belleza, o su opuesto (como el color del cielo al mediodía, pues los niños siempre gozan del poder para juzgar ese tipo de cosas); y cuando había sido un muchacho en una ciudad, en aquel lugar tan próspero llamado Europa (y Mr. Potter conocía el planeta Marte tan bien como conocía aquel lugar llamado Europa), había calles, y en aquellas calles había pequeñas casas muy pegadas entre sí, íntimamente, tan íntimamente que su intimidad generaba justo lo contrario, pero el doctor Weizenger no sabía el nombre de las personas que vivían al lado. El doctor Weizenger fue a la escuela, y tenía un amigo, tenía muchos amigos, aunque ahora ya no recordaba sus nombres, solo la forma de sus narices, de sus bocas, el color de sus ojos y esas cosas: la forma de sus

narices, de sus bocas, el color de sus ojos era todo lo que quedaba; todo lo demás había pasado de largo como si viajase en un tren (había estado en muchos trenes, partiendo para regresar, partiendo para nunca más volver) que había salido del andén de la estación, había salido de un lugar que antes había sido su destino y que ahora se había convertido en su lugar de partida. Sin embargo, el lugar donde ahora había conocido a Mr. Potter era un lugar fijo, Mr. Potter y sus antepasados lo habían convertido en eso, pues habían vivido allí desde hacía siglos, Mr. Potter y sus antepasados jamás se marcharían de allí; la forma de sus narices, de sus bocas, el color de sus ojos no se irían de allí. Y Potter, pensó el doctor Weizenger, el nombre del hombre que los había conducido a su nuevo destino era un nombre con muy poca cosa, otorgado por los servicios que prestaba, un alfarero, un nombre dado por el sudor de su frente, o al menos eso pensó el doctor Weizenger; pero «Zoltan», oyó decir a May, la voz de su enfermera, la palabra que era su nombre, pronunciado por su esposa.

El doctor Weizenger oyó la voz de su esposa y se dijo, dejemos que transcurra un minuto antes de responderle, y luego se dijo a sí mismo, dejemos que transcurra un segundo antes de responder. En silencio, para sus adentros, se dijo que haría una pausa antes de responder a esa voz que procedía de la persona que estaba en la misma habitación que él: su mundo entero, tal como había sido en el pasado, el pasado antes de llegar a Antigua, ese pasado que tuvo lugar antes de que tuviera que huir de un lugar a otro, cuyos nombres aparecieron en los atlas que se elaboraron después del siglo dieciséis: Praga, Budapest, Viena, Berlín, Shanghai; y casas, calles, ríos, embarcaderos, botes y partidas y llegadas, e interminables días de lluvia e interminables días de sol, y leche repleta de nata y luego nada de eso, y conversaciones sobre la posibilidad del fin del mundo, y luego días del mundo finalizando una y otra vez, y dentro de esos mismos días estaba el fin, como si el día no hubiese constituido y definido una limitación. Y su esposa pronunció su nom-

bre de nuevo, «Zoltan», pero él le oyó decir «Samuel», y delante de él vio el milagro que había sido, Samuel, un muchacho cuyo pelo tenía un color agradable (era moreno), un muchacho cuyos ojos tenían un color agradable (eran negros), un muchacho cuya presencia había hecho feliz a su padre y a su madre, aunque ahora ya no podía recordar sus rostros, el rostro de su padre y el de su madre, tan solo podía recordar su presencia, pues los había tenido, eso, un padre y una madre, solo que ahora habían desaparecido, como una curva en una carretera (solo que esa carretera era su vida), o como el horizonte (solo que el horizonte era su vida), acababan de desvanecerse, como si jamás hubiesen existido, como si no le hubiesen dado ese nombre, Samuel, como si no hubiese sido su único hijo, se habían desvanecido en la oscuridad, ¡sí, en la oscuridad!, en esa inmensa oscuridad que había descendido sobre todas las cosas que conocía, no una oscuridad como la noche, no esa oscuridad que era justo lo contrario que la luz que le estaba dando en aquel momento, no una oscuridad que era justo lo contrario que esa luz en la que temporalmente había desaparecido Mr. Potter, sino esa oscuridad que había generado Mr. Potter y todos sus antepasados.

En medio de aquel ardiente sol del mediodía, Mr. Potter condujo el coche del señor Shoul, dejando atrás al doctor Weizenger y a su esposa, y cuando ya no estaban al alcance de su vista, cuando ya se había distanciado de ellos (una milla más o menos, una distancia considerable para Mr. Potter) desaparecieron por completo de sus pensamientos y se concentró plenamente en la bacheada carretera; la superficie era áspera, la gruesa capa de asfalto dejó de ser lisa como el baño de un pastel (o algo parecido) y la carretera se convirtió en una serie de giros y curvas, y cada pulgada de la carretera, cada pie, cada yarda, cada milla, suponía el riesgo de caer en un precipicio, una curva tan pronunciada que dejaba de ser una curva y parecía el final de la carretera. Mr. Potter agarraba el volante con las manos, a veces con sumo cuidado, como si fuese algo a lo

que pudiese proporcionar placer, y el volante, por el aspecto que tenía, por el tacto que tenía, le recordaba el caparazón protector que cubre a una tortuga, pero Mr. Potter solo aferraba el volante con las dos manos, y su tacto le resultaba familiar y luego nada familiar, pues continuaba siendo meramente un volante; y los Weizengers, con los problemas que conlleva el mundo que estaba más allá del horizonte, ya no existían en ese momento, y condujo por la carretera casi en un estado de estupor, pero no se dijo nada a sí mismo, ni cantó nada para sí mismo, ni pensó nada para sus adentros. Mr. Potter siguió conduciendo sin que nada se le pasase por la cabeza, el mundo estaba en blanco y el mundo continuó en blanco.

Mientras conducía el coche del señor Shoul, pasó por algunos pueblos que se llamaban John Hughes, Urlings, Newfield, Barnes Hill, Seatons, Swetes, Freetown, y cada aldea tenía su propia historia, cada aldea era una parcela de dolor, cada aldea habitada por seres humanos individuales con historias muy similares y con historias completamente diferentes; y Mr. Potter, mientras conducía el coche del señor Shoul a través de esos pueblos, cada uno con sus propias escenas de dolor, se alejó del mundo que le rodeaba; algunos de esos pueblos estaban en la parroquia de San Pablo, la parroquia en la que nació un siete de enero de mil novecientos veintidós, y mientras conducía a través de la parroquia donde había nacido, se alejó del mundo que le rodeaba. Mientras cruzaba el pueblo de Bolans entró en la parroquia de Santa María, y luego se alejó de la parroquia de Santa María cruzando el pueblo de Emanuel, y subió por Market Street hasta llegar al garaje del señor Shoul. Durante todo ese tiempo, Mr. Potter se alejó del mundo y, cuando entró en el mundo del señor Shoul y en el garaje del señor Shoul, donde se guardaban los otros tres coches, propiedad también del señor Shoul, aunque los conductores de aquellos coches no eran de su propiedad –pues el señor Shoul no tenía permiso para poseer hombres– Mr. Potter seguía alejándose del mundo.